

este clavo abra la tumba al que se llame Febo!... Maldición! ¡Siempre, siempre la misma idea!...

El arcediano arrojó el martillo lleno de cólera; despues se echó en la poltrona, hundiéndose en ella de tal modo, que Juan le perdió de vista detrás del enorme respaldo; durante algunos instantes solo vió un puño crispado sobre los pergaminos. De pronto levantóse Dom Claudio y grabó, sin decir una palabra, en la pared, en letras mayúsculas, esta palabra griega:

'ANAFKN.

—Mi hermano está loco, se dijo Juan á sí mismo; más sencillo hubiera sido escribir *Fatum*, que todos no tienen obligación de saber griego.

Volvió el arcediano á sentarse en la poltrona y metió la cabeza entre las dos manos, como un enfermo que tiene la frente pesada y ardiente.

El estudiante observaba á su hermano con sorpresa; él era un alegre jóven, que llevaba el corazon en la mano, que no observaba en el mundo más que la ley lisa y llana de la naturaleza, que dejaba correr las pasiones por sus declives naturales, y para quien el lago de las grandes emociones estaba siempre seco; él, pues, ignoraba con cuánta fúria fermenta y hierve el mar de las pasiones humanas cuando se le cierran todas las salidas; cómo se alborota, se hincha y revienta; cómo corroe el corazon, cómo estalla en sollozos interiores y sordas convulsiones, hasta que rompe sus diques y destruye su lecho. La austera y glacial superficie de Claudio, aquella superficie de virtud escarpada é inaccesible, habia engañado siempre á Juan; el frívolo estudiante no se habia nunca detenido á reflexionar la profundidad furiosa y ardiente de la lava que hierve debajo de la nevada frente del Etna.

No sabemos si el estudiante se dió cuenta exacta de estas ideas que acabamos de exponer; lo cierto es que, á pesar de ser ligero de cascos, comprendió que habia visto lo que no debia ver, y que acababa de sorprender el alma de su hermano mayor en uno de sus más íntimos secretos y que era menester que Claudio no lo supiera jamás. Viendo, pues, que el arcediano volvió á recaer en su primera inmovilidad, retiró suavemente la cabeza de la puerta é hizo ruido de pasos á la parte de fuera, como de alguien que llega y advierte que se vá acercando.

—Entrad! gritó el arcediano desde el interior de la celda; os estoy esperando y exprofeso dejé la llave en la puerta. Adelante, maese Jaime.

El estudiante entró con impavidez: el arcediano, molestado por su visita en este lugar, se estremeció en la poltrona.

—Cómo! eres tú, Juan? exclamó.

—Siempre es una J, contestó el estudiante con la cara roja, alegre y jovial.

El semblante de Dom Claudio volvió á adquirir su severa expresion.

—Qué ocurre?

—Hermano mio, contestó el estudiante, presentando continente modesto y lastimoso; venia á pedirte...

—Qué?

—Consejos morales, de los que tengo necesidad. Juan no se atrevió á decir: Y dinero, que necesito más todavía; este último miembro del período quedó inédito.

—Estoy muy descontento de tí, le respondió friamente el arcediano.

—Ah! suspiró el estudiante.

Describió con la poltrona un cuarto de círculo Dom Claudio y miró á Juan de hito en hito.

—Mucho me alegro de verte por aquí.

Temible era este exordio, y Juan se preparó para una violenta acometida.

—Todos los días recibo quejas de tí; ¿por qué hiciste la calaverada de apalearse al vizconde Alberto de...?

—Vaya un delito! ese vizconde es un pajecillo, que se divertía en hacer galopar por el lodo á su caballo, por gusto de salpicar á los estudiantes.

—¿Quién es ese Mahiet Fargel, á quien habeis desgarrado el traje?

—El traje! un miserable capotillo de Montaign; eso no más!

—La queja dice *tunicam* y no *cappet-tam*. Sabes latin?

Juan no respondió.

—Este es el estado de los estudios y de las letras en la actualidad, prosiguió diciendo el arcediano. La lengua latina apenas se entiende, la siriaca es desconocida, y la griega es odiosa, hasta el punto que no arguye ignorancia en los sábios el saltar una palabra griega sin leerla y decir: *Græcum est, non legitur*.

El estudiante levantó resueltamente los ojos y los fijó en la pared.

—¿Quieres que te explique, hermano mio, en buen francés la palabra griega que hay ahí escrita? le preguntó al arcediano.

—Qué palabra?

—'ANAFKH.

Extendióse ligero carmin por los pómulos pálidos de Dom Claudio, como la bocanada de humo que anuncia por el exterior las secretas conmociones del volcan; el estudiante no lo notó.

—Veamos si lo sabes, dijo el sacerdote haciendo un esfuerzo; ¿qué significa esa palabra, Juan?

—FATALIDAD. Ya ves que entiendo el griego.

El arcediano quedó silencioso; aquella explicacion le dejó pensativo.

Juan, que tenia las picardías de niño mimado, juzgó favorable este momento para formular su peticion: suavizando la voz, habló á su hermano mayor del modo siguiente:

—¿Por qué me has de guardar rencor, hasta el punto de ponerme mala cara, por algunos latigazos y trompicones prodigados en buena lid á mozalvetes y chuchumecos, *quibusdam chumchumequis*? Ya ves, querido Claudio, que tambien sé latin.

Esta zalamera hipocresía no produjo en su severo hermano mayor el efecto acostumbrado; Cancervero no mordió la torta de miel. La frente del arcediano no se desarrugó.

—A dónde vas á parar? le preguntó únicamente.

—Pues voy á parar al grano, respondió Juan con descaro: en una palabra, necesito dinero.

Al oír esta peticion, la fisonomía del arcediano tomó de repente expresion pedagógica y paternal.

—Sabes, Juan, que nuestro feudo de Tirechappe solo renta, incluso el censo y los réditos de las veintiuna casas, treinta y nueve libras, once sueldos y seis dineros parisíes; una mitad más que en los tiempos de los hermanos Paclet, pero aun así produce poco.

—Necesito dinero, repitió Juan estóicamente.

—Sabes que he declarado que nuestras veintiuna casas son pertenencia feudal del obispo, y que solo podríamos librarnos de ese homenaje pagando al reverendo obispo dos marcos de plata dorada de valor de seis libras parisíes; y yo, como tú sabes, no he podido aun reunir esos dos marcos.

—Yo solo sé que necesito dinero, dijo Juan por tercera vez.

—Y para qué lo quieres?

Esta pregunta hizo que Juan recobrase la esperanza de conseguir lo que se proponia, y contestó con voz melosa:

—La verdad, querido Claudio, no es

para malos propósitos; no es para echarla de guapo en las tabernas, no; es para hacer una obra de caridad.

—De qué obra se trata? le preguntó el sacerdote sorprendido.

—Tengo dos amigos que tratan de comprar una envoltura al niño de una pobre viuda; es una obra caritativa que costará tres florines, y yo quisiera dar uno.

El arcediano sonrió con incredulidad.

—¿Qué envoltura es esa que debe costar tres florines y para el niño de una pobre?

Juan, volviendo á adquirir su habitual descaro, contestó:

—Pues bien; necesito dinero para ir á ver esta noche á Isabel la Thierrye, en Val-d'amour (1).

—Miserable impuro, vete! exclamó el arcediano. Vete, que estoy esperando visita.

El estudiante hizo el último esfuerzo.

—Dame siquier un miserable parisíe para comer.

—¿Hasta dónde sabes de las Decretales de Graciano?

—He perdido los cuadernos.

—¿Qué sabes de humanidades latinas?

—Me han robado el ejemplar de Horacio.

—A dónde has llegado del Aristóteles?

—A fé mia que no recuerdo cuál es el padre de la Iglesia que dice que en todos los tiempos han tenido por guarida los errores de los herejes los matorrales de la metafísica de Aristóteles. Nada de Aristóteles; no quiero perder mi religion con su metafísica.

—Juan, le contestó el arcediano, habia la última vez que entró el rey, entre la comitiva, un gentil-hombre llamado Felipe de Comines, que llevaba bordada en la mantilla de su caballo esta divisa, que os aconsejo que mediteis bien: *Qui non laborat, non manducat*.

El estudiante permaneció un momento silencioso; luego, súbitamente, se volvió hácia su hermano con ligereza y le dijo:

—¿Segun eso me rehusas un triste sueldo parisíe para comprar un mendrugo en casa de un panadero?

—*Qui non laborat, non manducat*.

Al oír al inflexible arcediano, Juan ocultó la cabeza entre las manos, como una mujer que solloza, y exclamó con el acento de la desesperacion:

—'Ototototoí!

—¿Qué quieres decir con eso? pregun-

(1) Lugar público de prostitucion.

tó Claudio, sorprendido por esta salida del estudiante.

—Qué quiero decir? exclamó Juan, fijando en Claudio sus descarados ojos, en los que había metido los puños para que estuviesen encendidos como si aca base de llorar; hablo en griego; esa frase es un anapesto (1) de Esquilo, que expresa perfectamente el dolor.

Diciendo esto, soltó tan alegre y extrepitosa carcajada, que hizo sonreír al arcediano. La culpa la tenía el mismo Claudio, que había mimado demasiado á su hermano menor.

—Claudio, compadécete de mí, repuso Juan alentado por aquella sonrisa; mira que están agujereados mis borceguíes.

El arcediano había ya recobrado su normal serenidad.

—Te enviaré borceguíes nuevos, pero no te doy dinero.

—Dame nada más que un miserable sueldo parisíe, contestó Juan suplicándole. Aprenderé á Graciano de memoria, creeré en Dios y seré un verdadero Pitágoras de ciencia y de virtud. ¿Quieres que me muerda el hambre, que ya me acosa con la boca abierta? Movié Claudio la rugosa cabeza, contestándole otra vez.

—*Qui non laborat...*

Juan no le dejó acabar.

—Pues bien, ¡que se lo lleve todo el diablo! Me entabernaré, me batiré, romperé jarros é iré á visitar á las jóvenes de vida alegre.

El arcediano le miraba con ojos sombríos.

—Juan, eres un sér sin alma.

—En ese caso me falta, según dice Epicuro, un no sé qué compuesto de algo que carece de nombre.

—Es necesario que pienses seriamente en corregirte.

—Parece, dijo el estudiante paseando la vista desde su hermano hasta los alambiques del horno, que aquí todo es cornudo, las ideas y las botellas.

—Juan, vives en una pendiente resbaladiza; sabes á dónde conduce?

—A la taberna, contestó el estudiante.

—Y la taberna conduce á la picota.

—Es una linterna como otra cualquiera, y con ella quizás Diógenes hubiera encontrado el hombre que buscaba.

—La picota conduce á la horca.

—La horca es una balanza que tiene un hombre á un extremo y al otro toda la tierra, y vale mucho ser hombre.

—La horca conduce al infierno.

(1) Pié de verso, compuesto de dos sílabas breves y una larga.

—Donde hay mucho fuego.

—Juan, Juan, tendrás mal fin.

—Pero he tenido bueno el principio.

Oyóse en este momento ruido de pasos en la escalera.

—¡Silencio, exclamó el arcediano, poniéndose un dedo en la boca, que viene maese Jaime! Escucha, Juan, le dijo en voz baja; guárdate bien de revelar nunca lo que aquí has visto y oído. Escóndete debajo de ese horno y ni siquiera respíres.

Acurrucóse el estudiante donde le indicó su hermano mayor, y allí le ocurrió una idea luminosa.

—A propósito, Claudio, dame un florín para que yo no respire.

—Silencio! Te lo prometo.

—Quiero que me lo des en seguida.

—Tómalo, pues, dijo el arcediano sacándolo de la escarcela y arrojándoselo á sus piés. Juan lo recogió y se metió en el horno. Un instante despues se abrió la puerta de la celda.

V.

Los dos hombres vestidos de negro.

El personaje que entró tenía aspecto sombrío y vestía negro ropon, pero lo que chocó á primera vista en él á nuestro amigo Juan (desde su escondite) fué la perfecta tristeza del traje y de la cara del recién venido. Esto no obstante, había cierta dulzura en su rostro, pero dulzura de gato ó de juez, dulzura empalagosa. Rayaría en los sesenta años; su pelo estaba gris, su fisonomía arrugada; guiñaba los ojos bajo sus cejas blancas, tenía el labio pendiente y las manos gruesas. Cuando Juan comprendió que el personaje era un médico ó un magistrado sin duda y notó que tenía mucha distancia de la nariz á la boca, signo de bestialidad, se acurrucó en su agujero, fastidiado por tener que pasar tiempo indefinido en tan incómoda postura y con tan mala compañía.

Cuando entró el referido personaje, el arcediano ni siquiera se levantó para recibirle; se contentó con señalarle un banquillo para que se sentase cerca de la puerta, y despues de un rato de silencio, en el que parecía que continuaba alguna meditacion anterior, le dijo con acento protector:

—Buenos días, maese Jaime!

—Salve, señor maestro! respondió el hombre vestido de negro.

Había en las dos entonaciones con que pronunciaron *maese Jaime* por una parte y por otra *señor maestro* por excelencia, la diferencia de *monseñor* á *señor* y de *domine* á *domne*. Era evidente que aquellos hombres eran el doctor y el discípulo.

—Y qué, maese Jaime? ¿Conseguís vuestro objeto? le preguntó Dom Claudio despues de otra pausa.

—Apreciable maestro, contestó el otro sonriendo con tristeza, soplo, soplo y nada; saco toda la ceniza que quiero, pero ni una sola chispa de oro.

Dom Claudio hizo un gesto de impaciencia.

—No os hablo de esto, sino del proceso del mágico. ¿No se llama Marco Cenaine el sumiller del Tribunal de Cuentas? Confiesa su magia? ¿Ha servido de algo el tormento?

—Desgraciadamente no, no tenemos ese consuelo. Ese hombre es de piedra. Antes que declarar consentirá en que le quememos vivo en el mercado de los Lechones. Sin embargo, empleamos todos los medios para descubrir la verdad; está ya completamente dislocado; hemos echado mano para él de todas las yerbas de San Juan, como dice Plauto:

Adversum stimulos, laminas, crucesque, compedesque, Nervos, catenas, carceres, numellas, pedicas, hojas.

Todo es inútil! ¡Es un hombre terrible!

—¿No habeis encontrado ninguna otra cosa en su casa?

—Sí, contestó maese Jaime metiendo la mano en la escarcela; hemos hallado este pergamino, en el que hay palabras que no entendemos, y eso que el señor abogado criminal, Felipe Lheulier, sabe algo de hebreo desde cuando se les tornó causa á los judíos de la calle de Kantersten, en Bruselas.

Diciendo esto desarrolló maese Jaime un pergamino.

—A ver, contestó el arcediano, recorriéndolo con la vista. ¡Esto es pura magia, maese Jaime!—*Emen-hetan!* es el grito de los vampiros cuando llegan al sábado. *Per ipsum, et cum ipso, et in ipso*, es el conjuro que encadena otra vez al diablo en el infierno. *Hax, pax, max!* es una fórmula de la medicina contra la mordedura de los perros rabiosos. ¡Maese Jaime, sois procurador del rey en el Tribunal Eclesiástico y este pergamino es abominable!

—Volveremos á darle tormento: también en casa de Marco Cenaine hemos encontrado esto.

Era una vasija como las que cubrían el horno de Dom Claudio.

—Ah! exclamó el arcediano, es un crisol de alquimia.

—Os confieso, repuso maese Jaime con torpe sonrisa, que le he probado en el horno y que, como el mío, no me ha dado ningun resultado.

El arcediano examinó la vasija.

—¿Qué es lo que veo grabado en el crisol? *Och! och!* ¡La palabra que ahuyenta á las pulgas! Marco Cenaine es un ignorante. ¿Cómo habeis de hacer oro con este crisol?...

—Ahora que hablamos de errores, dijo el procurador del rey, acabo de estudiar la portada de abajo, antes de subir: ¿está seguro vuestra reverencia de que la abertura de la obra de física está representada en ella hácia el lado del Hospital, y que, de las siete figuras desnudas que están á los piés de Nuestra Señora, es Mercurio la que tiene alas en los talones?

—Sí, respondió el sacerdote; así lo asegura Agustín Nypho, que es un doctor italiano que tenía un demonio barbudo que se lo enseñaba todo; además, ahora bajaremos y os lo explicaré sobre el texto.

—Mil gracias, señor maestro, le contestó maese Jaime inclinándose hasta el suelo.—A propósito; me olvidaba: ¿cuándo quereis que hagamos prender á la joven nigromántica?

—¿Qué nigromántica?

—La gitana, ya sabeis de quién hablo, la que viene todos los días á bailar en la plaza del Atrio, á pesar de la prohibición del provisor. Lleva consigo una cabra energúmena con cuernos de diablo, que lee, que escribe, que sabe matemáticas y que basta para hacer ahorcar á toda la Bohemia. Ya está preparado el proceso y pronto lo despacharemos. Esa bailarina es una mujer preciosa! ¡Sus brillantes ojos negros son dos carbunclos de Egipto!... ¿Cuándo empezamos?

El arcediano estaba sumamente pálido.

—Ya hablaremos de eso, murmuró con voz apenas articulada... Ocupaos ahora de Marco Cenaine.

—Descuidad, que le haré atar otra vez en la cama de cuero, contestó maese Jaime sonriendo; pero es hombre diabólico y rinde al mismo Pierrat Torterne, que tiene las manos más grandes que yo. Como dice Plauto:

Nudus vincit, centum pondo, est quando pendes per pedes.

—Lo mejor será darle el tormento de la cábría: es el mejor que tenemos y por él pasará.

Dom Claudio quedó entregado á sombría distraccion. Volvióse de pronto hácia su interlocutor y le dijo:

—Maese Pierrat, maese Jaime quise decir, ocupaos solo de Marco Cenaine.

—Sí, sí, os lo prometo; ¿por qué le ocurriría asistir al *sábado* á un sumiller del Tribunal de Cuentas, que debía conocer el texto de Carlo-Magno: *Stryga vel masca?*—En cuanto á Esmeralda, como la llaman por ahí, esperaré vuestras órdenes.—Ah!... cuando pasemos por la portada me explicareis también lo que significa el jardinero de pintura basta que se vé al entrar en la iglesia. Creo que es el sembrador.—¿En qué estais pensando, señor maestro?

Dom Claudio estaba tan ensimismado que ya no le oía ni le escuchaba; siguiendo maese Jaime la direccion de la mirada de aquel, vió que estaba maquinalmente fija en la gran telaraña que cubría la ventana: en aquel instante una mosca aturdida, que buscaba el sol de Marzo, fué á atravesar el tejido y quedó presa en él: al ver la conmocion del tejido, la enorme araña salió con movimiento brusco de su celda central, y de un brinco se precipitó sobre la mosca, que doblégó en dos con las patas delanteras, mientras con la trompa la chupaba la cabeza.

—Pobre mosca! dijo el procurador del rey en el Tribunal Eclesiástico, y levantó la mano para salvarla; pero el arcediano, como despertando de súbito, le detuvo el brazo con violencia convulsiva.

—Maese Jaime, exclamó, no os opongais á la fatalidad.

Volvióse asustado el procurador, al sentir que le oprimian el brazo como unas tenazas de hierro. Los ojos del sacerdote estaban fijos, desencajados y centelleantes en el grupo de la mosca y de la araña.

—Eso es el símbolo de todo, dijo el arcediano con una voz que parecia salir del fondo de sus entrañas. Vuela alegre y feliz porque acaba de nacer; busca la primavera, el aire libre y la libertad; pero tropieza en el fatal roseton, y la repugnante araña sale de él y... ¡pobre bailarina! pobre mosca predestinada!... Maese Jaime, dejadla!... ¡esa es la fatalidad!... Claudio, tú eres la araña! ¡Tú eres la mosca también!... Tú volabas en bus-

ca de la ciencia, de la luz y del sol, sin otro deseo que el de llegar al aire libre y á la gran luz de la verdad eterna; pero al lanzarte á la deslumbradora ventana que cae al otro mundo, al mundo de la claridad, de la inteligencia y de la ciencia, mosca ciega, doctor insensato, ¡no viste la sutil telaraña tendida por el destino entre la luz y tú, y caíste en ella, pobre loco, y ahora forcejeas en vano, con la cabeza rota y las alas arrancadas, entre los brazos de hierro de la fatalidad. Dejad á la araña, maese Jaime!...

—Os juro, contestó éste, que no la tocaré; pero soltadme el brazo, por el amor de Dios, que vuestra mano parece una tenaza.

El arcediano no le oía y continuaba hablando como si estuviese solo.

—Aunque hubieras podido romper ese fuerte tejido con tus alas de mosca, ¿crees que hubieras conseguido llegar hasta la luz? Insensato! Ese vidrio, colocado más lejos, ese obstáculo transparente, esa muralla de cristal, más dura que el bronce, que separa de la verdad á todos los filósofos, ¿cómo hubieras podido traspasar? ¡Oh vanidad de la ciencia! ¡Cuántos sábios vienen de lejos revoloteando á estrellarse en ese obstáculo transparente! ¡Cuántos sistemas se estrellan zumbando contra ese vidrio eterno!

Calló el arcediano: sus últimas ideas le habian hecho pasar insensiblemente de sí mismo á la ciencia; parecian haberle calmado. Maese Jaime le hizo volver por completo al sentimiento de la realidad, dirigiéndole la siguiente pregunta:

—¿Cuándo vendreis, señor maestro, á ayudarme á hacer oro? Me consume la impaciencia de conseguirlo.

Movió la cabeza el arcediano, lanzando un amargo suspiro.

—Maese Jaime, leed á Miguel Psellus: *Dialogus de energia et operatione daemonum*. No es inocente lo que estamos haciendo.

—Ya me figuraba yo que no lo era, dijo el otro interlocutor; pero es preciso ocuparse algo de hermética, no siendo más que procurador del rey en el Tribunal Eclesiástico, con la miserable asignacion de treinta escudos torneses cada año. Pero hablemos más bajo.

Dijo esto porque oía ruido de mandíbulas y de masticacion que salía de bajo del horno.

—Qué es eso? preguntó. Era el estudiante, que, incómodo y

aburrido en su escondrijo, llegó á descubrir en él un mendrugo de pan y un triángulo de queso enmohecido, y se lo comía por vía de consuelo y como almuerzo. Como tenia hambre y el pan estaba seco, acentuaba con fuerza cada bocado, y este ruido alarmó al procurador.

—Es un gato, le dijo con viveza el arcediano, que estará devorando algun ratoncillo.

Esta explicacion satisfizo á maese Jaime.

—Todos los grandes filósofos, repuso éste con respetuosa sonrisa, han tenido su animal familiar. Ya sabeis lo que dice Sérvio: *Nullus enim locus sine genio est*.

Esto no obstante, Dom Claudio, que temia alguna travesura de su hermano Juan, recordó á su discípulo que tenian que estudiar juntos algunas figuras de la portada y salieron de la celda, con gran satisfaccion del estudiante, que empezaba á temer que se le quedase para siempre en la rodilla el molde de la barba.

VI.

Efecto que pueden producir siete juramentos al aire libre.

De Deum laudamus! exclamó Juan del Molino saliendo de su escondite; ¡gracias á Dios que se fueron los dos buhos!... *Ocht och! Hax, pax, max!* las pulgas! ¡los perros rabiosos! ¡Que se los lleve el diablo! ¡Ya me enfadaba su maldita conversacion!... ¡La cabeza me vibra como una campana! ¡Y comer queso ágrío á mayor abundamiento! En cámbio voy á apoderarme de la escarcela de mi señor hermano y á convertir sus monedas en botellas.

Miró con ternura y admiracion el interior de la escarcela, se arregló el traje descompuesto, abrochó los borceguíes, sacudió sus mangas llenas de ceniza, silbó un cantar, dió cuatro brincos, vió si quedaba algo que robar en la celda, registró por todas partes por ver si hallaba algun amuleto de vidrio para regalárselo á Isabel la Thierrye, y por fin abrió la puerta, que su hermano le dejó entornada por indulgencia y que él dejó abierta por malicia, y bajó la escalera circular, alegre y saltando como un pajarrillo.

En la oscuridad de la espiral tropezó con un bulto que le abrió paso gruñen-

do; presumió que era Quasimodo, y esto le pareció tan gracioso, que descendió el resto de la escalera siempre riendo. Al llegar á la plaza reía aun.

Dió una patada en el suelo en cuanto se vió en tierra firme.

—¡Gracias á Dios que piso el excelente empedrado de Paris y que acabé de bajar esa maldita escalera, capaz de fatigar á los ángeles de la escala de Jacob! ¿Quién diablos me aconsejó meterme en esa barrena de piedra que agujerea el cielo, para comer queso pasado y ver los campanarios de Paris por una ventanilla?

Dió algunos pasos y vió á Dom Claudio y á maese Jaime contemplando una escultura de la portada de la Catedral. Se aproximó hasta ellos de puntillas y oyó que el arcediano decia á su discípulo:

—Guillermo de Paris hizo grabar un Job en esta piedra de color de lapislázuli, dorada por los remates. Job figura la piedra filosofal, que debe ser probada y martirizada para llegar á la perfeccion, como dice Raimundo Lulio: *Sub conservatione formæ specificæ salva anima*.

—Poco me importa, dijo Juan; la bolsa es mia.

Este oyó en aquel mismo instante una voz fuerte y sonora vomitar detrás de él una série formidable de juramentos.

—Voto á crias! Sangre de Dios! Vientre de Dios! Cuernos de Belcebú! Ombligo del Papa! Rayos y truenos! ¡Ira de Dios!

—No puede ser quien así jura más que mi amigo el capitán Febo, exclamó Juan.

Llegó el nombre de Febo á los oídos del arcediano en el instante en que explicaba al procurador del rey el significado del dragon que mete la cola en un baño, del que, entre el humo, sale una cabeza de rey. Extrémeciése Dom Claudio é interrumpió su discurso, con gran asombro de maese Jaime: se volvió y vió que su hermano Juan se acercaba á un joven oficial que estaba cerca de la puerta de la casa Goudelaurier. Era en efecto el capitán Febo, que se apoyaba en la esquina de la casa de su prometida y que juraba como un pagano.

—A fé mia, capitán Febo, que jurais con verbosidad admirable, le dijo Juan del Molino.

—Rayos y truenos! le respondió el oficial.

—¿Pero por qué jurais tanto, amable guerrero?

—Dispensadme, camarada, le contestó Febo, sacudiéndole la mano; caballo escapado no se pára de repente, y yo juraba á galope. Vengo de casa de esas necias, y cuando salgo de allí siempre tengo la garganta llena de juramentos, y los he de escupir ó me ahogo, ¡rayos y truenos!

—Quereis venir á beber conmigo? le preguntó el estudiante.

Esta proposicion aplacó al capitán.

—Sí, pero carezco de dinero.

—Yo tengo.

—Bah!... veamos.

Juan presentó la escarcela á los ojos del capitán con majestad y sencillez. Entre tanto, el arcediano, que abandonó al absorto maese Jaime, se acercó hácia ellos y se detuvo á algunos pasos de distancia, observando á entrambos sin que ellos lo notasen, pues estaban embebidos contemplando la escarcela.

—Una bolsa en vuestras manos! exclamó Febo; es como la luna en un cubo de agua: se vé, pero no está en él; en él solo está su sombra. Apuesto cualquier cosa á que contiene piedras.

—Hé aquí las piedras de mi bolsa, respondió Juan; y sin añadir palabra vació la escarcela sobre un poste vecino, cual otro ciudadano romano para salvar á la pátria.

—Vive Dios! exclamó Febo, ¡cuántas monedas! qué magnificencia!

Juan permaneció digno é impasible. Algunas se cayeron en el fango y el capitán se bajó á recogerlas, pero Juan le detuvo, diciéndole:

—Qué vais á hacer, capitán Febo?

Contó Febo las monedas y, volviéndose hácia el estudiante, con aire solemne le dijo:

—¿Sabeis, amigo Juan, que hay veintitres sueldos parisíes? ¿A quién habeis aligerado de peso en la casa de juego?

Juan echó hácia atrás la cabellera rubia y ensortijada y dijo, medio cerrando los ojos, con gesto desdeñoso:

—Se puede tener un hermano arcediano é imbécil.

—Santo varón, cuernos de Belcebú! contestó Febo.

—Vamos á beber, dijo el estudiante.

—Dónde? preguntó el capitán. ¿A la *Manzana de Eva*?

—No; vamos á la *Ciencia Antigua*. Una vieja que sierra una asa es un geroglífico, y á mí me gustan los geroglíficos.

—Dejaos de geroglíficos; el vino es mejor en la *Manzana de Eva*; y además, al

lado de la puerta hay una viña al sol que me alegra cuando bebo.

—Pues bien; vamos á ver á Eva y su manzana, contestó Juan colgándose del brazo de Febo.

Los dos amigos se encaminaron á la susodicha taberna; es inútil decir que antes recogieron el dinero, y también lo es que el arcediano les seguía sombrío y fiero. Era el compañero de su hermano el Febo maldito cuyo nombre se mezclaba en todos sus pensamientos después de la entrevista que tuvo con Gringoire. Lo ignoraba, pero el oír el nombre mágico de Febo bastó para que Dom Claudio siguiese á paso de lobo á los dos alegres camaradas y para que oyese lo que hablasen y observase sus menores gestos con profunda ansiedad; era además fácil oír lo que decían, porque hablaban muy alto, importándoles muy poco de que se enteraran los transeúntes. Hablaban de desafíos, de mujeres, de vinos y de locuras.

Al volver una esquina oyeron el ruido de una pandereta que salía de una calle inmediata. Dom Claudio oyó que el oficial decía al estudiante:

—Rayos y truenos! apretemos el paso.

—Por qué, Febo?

—Temo que me vea la gitana.

—Qué gitana?

—Esa que toca la pandereta y que vá siempre con una cabra.

—Esmeralda?

—La misma, Juan. No me acuerdo nunca de su nombre. Andemos de prisa, porque me puede conocer y no quiero que venga á hablarnos en la calle.

—La conoceis, Febo?

El arcediano observó que el capitán sonreía maliciosamente, que se acercaba al oído de Juan y que le decía algunas palabras en voz muy baja; vió también que Febo soltó una carcajada y que sacudió la cabeza con aire de triunfo.

—De veras? le preguntó Juan.

—Os lo juro, respondió Febo.

—Esta noche?

—Esta noche.

—Estais seguro de que acudirá?

—Pero, estais loco, Juan? ¿Se debe dudar de estas cosas?

—Capitán Febo, sois un hombre dichoso.

Oyendo el arcediano esta conversacion, sus dientes rechinaban y agitaba todo su cuerpo violento escalofrío. Se detuvo un instante, se apoyó en un trasancanton, como hombre borracho, y des-

pues siguió la pista de los dos traviesos compañeros.

Cuando volvió á alcanzarlos ya habían cambiado de conversacion; entonces entonaban los dos á voz en grito el antiguo cantar:

*Los hijos de gitanos verdaderos
consiguen ser colgados cual corderos.*

VII.

La sombra.

La ilustre taberna de la *Manzana de Eva* estaba situada en la Universidad, á la esquina de la calle de la Rondelle y de la de Batonnier. Era una gran sala baja de techo, que estaba al nivel del suelo, cuya bóveda se apoyaba sobre un ancho pilar de madera pintado de amarillo; habia en ella multitud de mesas y lucientes jarros de estaño colgados á la pared; muchos bebedores, muchas mujercuelas, una vidriera que daba á la calle, una viña á la puerta, y encima de esta puerta llamativa muestra de lienzo, en la que estaban pintadas una manzana y una mujer, que habia ya descolorido la lluvia, y que giraba, segun el viento soplabá, sobre una vara de hierro. Era al anochecer: las calles estaban oscuras, y la taberna, llena de velas encendidas, centelleaba á lo lejos, como una fragua en la sombra; oíase el choque de los vasos, el hervir de la cocina, el rumor y los gritos de los juramentos y de las camorras que salían por los vidrios rotos. A través de la niebla que el calor de la sala difundía sobre la desvencijada puerta vidriera, se veían horriguear cien cabezas confusas, de entre las que se destacaba de vez en cuando una carcajada sonora. Los transeúntes que iban á sus negocios pasaban sin mirar aquel tumultuoso recinto; solo, por intervalos, algun pillete desarrapado se empinaba sobre la punta de los pies hasta llegar á los vidrios.

Un hombre, sin embargo, se paseaba imperturbable delante de la estruendosa taberna, mirando sin cesar á su interior, y separándose tan poco de ella como el centinela de la garita. Iba embozado hasta las cejas con una capa que acababa de comprar en casa de un ropavejero, en una tienda inmediata á la *Manzana de Eva*, sin duda para preservarse del frío de las noches de Marzo, ó acaso para ocultar su traje. De cuando en cuando se paraba delante de la vidriera listada de tiras de plomo; escuchaba, miraba y hería el suelo con el pié.

TOMO I.

Por fin se abrió la puerta de la taberna, que era quizás lo que él esperaba, y salieron por ella dos bebedores; el rayo de luz que brotó de la puerta tiñó de púrpura momentánea sus joviales cabezas. El hombre de la capa se puso en observacion desde un portal de la otra parte de la calle.

—Rayos y truenos! exclamó uno de los bebedores; van á dar las siete y es la hora de la cita.

—Os digo, le contestó su compañero con la lengua estropajosa, que yo no vivo en la calle de las Mauvaises-Paroles, *indignus qui inter mala verba habitat*. Vivo en la calle de Juan-Pain-Mollet, *in vico Johannis-Pain-Mollet*. Sois más cornudo que un unicornio si decís lo contrario. Todo el mundo sabe que el que una vez monta un oso ya no tiene miedo nunca; pero vos propendeis á las golosinas, como Saint-Jacques del Hospital.

—Amigo Juan, estais borracho, le contestó el otro.

—Eso es porque quereis decirlo, respondió el primero dando un traspies, amigo Febo; pero está probado hasta la evidencia que Platon tenia el perfil de un perro de caza.

El lector debe haber reconocido á nuestros amigos el estudiante y el capitán, y es de creer que el que los acechaba los reconoció también, porque seguía á pasos lentos todos los zig-zags que Juan obligaba á hacer á Febo, el que, bebedor más aguerrido, conservaba su habitual sangre fría. Oyéndoles atentamente el hombre de la capa pudo enterarse de la totalidad de la siguiente é interesante conversacion:

—Cuernos de Belcebú! tratad de andar recto, señor bachiller, porque es preciso que os deje; son las siete, y ya sabeis que á esa hora me ha citado una mujer.

—Dejadme, pues; veo estrellas y lanzas de fuego, y vos os pareceis al castillo de Dampmartin, que revienta de risa.

—Por las verrugas de mi abuela! Juan, esos disparates no vienen á cuento. A propósito: ¿no os queda ya dinero?

—Señor rector, lo he dicho muy bien; pequeña carnicería, *parva boucheria*.

—Juan, mi querido amigo Juan, ya sabeis que estoy citado con esa muchacha en el extremo del puente de San Miguel; que he de llevarla á casa de la Falourdel, y que tendré que pagar el cuarto, porque esa pícara vieja no me lo